

TREINTA Y CINCO (~~la muerte~~)

La única promesa que se nos puede hacer es que nadie puede prometernos nada. Deberían habérmelo dicho cuando tenía diecisiete. Debería haberlo sabido ya a los treinta. Con más razón, a los treinta y cinco. Un terapeuta infantil una vez le dijo a mi mamá que yo «prometía mucho». Llevaba más de tres décadas prometiendo, como un medicamento que podría funcionar pero que no contaba con financiamiento público.

Me sobraban promesas, al parecer, pero lo que no me sobraban eran óvulos, a juzgar por la sonrisa tensa de mi ginecólogo, inclinado como la mismísima parca sobre mi cuerpo envuelto en una bata descartable, mientras que con su guadaña —una sonda de ultrasonido de goma— buscaba señales de vida dentro de mi planeta moribundo. Al retirar la sonda, dejó escapar un suspiro y negó suavemente con la cabeza en mi dirección. Reconocí esa expresión. Al igual

que mis maestros de matemáticas de la escuela, este médico esperaba más de mí. Se quitó los guantes y los lanzó al cubo de la basura como si fuera el LeBron James de las vaginas.

—No te tomes esto como algo personal. La mayoría de las mujeres pierden el noventa por ciento de los óvulos hacia los treinta.

Quise gritar «¿Cómo NO me voy a tomar mi PROPIO cuerpo como algo personal?», pero, en cambio, exhalé con la mandíbula entreabierta, que había olvidado recoger del suelo poco agraciado de la infertilidad. Sí que era una forma estupenda de recibir los treinta y cinco, carajo.

Observé las entradas que se insinuaban sobre el rostro redondeado de mi ginecólogo. Debía tener unos cuarenta largos. Deslicé los ojos hasta su mano, en la que no se veía una alianza. Me pregunté si su situación sería como la mía: sin hijos ni pareja. Me pregunté si eso le daba miedo.

Por supuesto que no.

Los hombres de menos de cincuenta atraviesan los estacionamientos oscuros de la misma manera que se toman sus cumpleaños: sin detenerse a pensar. No les quita el sueño el lugar que ocupan en el mundo, no hasta que los asalta la crisis de la mediana edad. Las mujeres no tenemos crisis de mediana edad porque nos pasamos la vida en constante crisis. Si al menos me hubiera esmerado un poco más para encajar en el papel que la sociedad le asigna a la mujer. Cada cumpleaños habría sido un recordatorio amable de que estaba perdiendo la guerra contra el tiempo, de que mi rama en el árbol genealógico podía quedar colgando a la deriva.

En cambio, el fin de los días se me vino encima como un asteroide en una película de Michael Bay. Me había paseado por los pasillos de mi futuro con la falsa confianza de un mediocre hombre blanco, y ahora tenía que rendir cuentas como una mujer.

Había pedido cita con la vana esperanza de que me declararan «un prodigio de la fertilidad». Mi médico me daría una palmadita en la espalda con una sonrisa fascinada y me aseguraría que me quedaban muchos años para vagar a la deriva y sin consecuencias permanentes.

Maggie Vine no era un prodigio de la medicina. La biología me tenía a punta de pistola. Caminaba por la cuerda floja de los lamentos. «Hijos, algún día» se había convertido en «hijos, ahora o nunca».

—Si tienes pareja, deberías empezar a intentar —me dijo, mientras giraba sobre un pequeño taburete a mi lado para analizar mi historia clínica en su iPad. En la voz de mi médico se dejaba oír un aire de esperanza para gente desesperada.

Si tuviera pareja...

Mi vida amorosa tenía el mismo potencial que mi revestimiento uterino: no había un buen pronóstico. El mejor modo de describirla era imaginarse un paisaje infernal de relaciones casuales. La palabra «relación» siempre aparecía entre comillas. Mis «relaciones» eran muy parecidas a mi carrera musical: siempre a punto de llegar a ser algo para terminar en nada. El optimismo me arrastraba a las delicias del desamor y me dejaba llevar por la corriente de alguna mandíbula angulosa.

—Habría que hablar de las opciones que tienes —dijo, comprendiendo mi silencio.

—¿Cuánto cuestan estas cosas? —pregunté, hojeando un folleto de FIV.

—Tal vez primero deberías probar con una inseminación intrauterina, que cuesta entre quinientos y cuatro mil dólares, según la medicación, la analítica y la inseminación...

—Son dos cifras muy diferentes.

—Y a eso hay que sumarle el precio de un donante de espermatozoides —continuó, tendiéndome dos folletos—. Si la inseminación intrauterina no funciona, pasaríamos a la fecundación *in vitro*, que es mucho más invasiva y costosa, pero suele tener más éxito. Eso sí, se trataría de un embarazo geriátrico, por lo que no es buena idea entusiasmarse demasiado con estas cifras de éxito del cincuenta por ciento.

—Disculpa, ¿dijiste «geriátrico»?

Al parecer, había llegado el momento de que mis ovarios protagonizaran un anuncio sobre la artritis. Una mujer conocía a un hombre maduro y sensual y corría a cámara lenta por la playa hacia una luz brillante. O tal vez les dieran membresías para alguna asociación de personas mayores a los órganos reproductores que se jubilaban. Si mi fertilidad iba a izar la bandera blanca, como mínimo, me merecía un descuento en Red Lobster.

—Siempre está la posibilidad de congelar óvulos, pero a tu edad... no lo sé. Si hubieras sido más lista, lo habrías hecho antes.

«Más lista» me atravesó como una bala. No era una

persona estúpida realmente, pero sí demasiado ilusa, lo que sin duda era una forma muy estúpida de encarar la vida. Con ojos desorbitados, observé a la enfermera, que permanecía en silencio en un rincón jugueteando incómoda con las manos y evitando mirarme. Entonces, volví la vista hacia el médico, justo en el momento en que sonreía hacia mí. Me dieron ganas de acabar con su vida.

Nada odiaba más que darle la razón a un imbécil, pero ese hombre estaba a punto de descubrir que era mucho menos lista de lo que él pensaba. Había malgastado mi vida adulta jugando a un juego riesgoso, y no había recompensa.

Temblé frente al espejo de esa sala de exámenes del Upper East Side, mientras inspeccionaba mi reflejo, para mi desgracia, bajo una lámpara fluorescente. Ahí estaba, en el día en que cumplía treinta y cinco años: una mujer con el lubricante frío del ultrasonido chorreándole por los muslos pálidos; los ojos verdosos abiertos de par en par; el pelo largo y ondulado enmarcando un rostro pecoso en forma de corazón; y la máscara de pestañas de la noche anterior que les daba a los ojos un involuntario efecto esfumado. Ahí estaba: una mujer sin opciones.

Miraba el final de mis sueños sin la menor idea de que otras dos puertas estaban a punto de abrirse.